

# Futuro para armar

por Manuel Antin



**L**a historia del cine de los últimos cuarenta años ofrece al observador curioso, no tanto tal vez al espectador corriente, por lo común distraído y ajeno a expansiones semánticas, pocas posibilidades de percibir, mucho menos de celebrar, la aparición de cineastas renovadores encolumnados de un modo generacional. Hoy más que nunca esa carencia se ha vuelto significativa. Por eso vale la pena resaltar que en la actualidad, con el cine de los más jóvenes, con el cine verdadera y genuinamente independiente, y con producciones encaradas de una manera innovadora, sin tanto cálculo previo ni tanta especulación -especulación en cualquier sentido que se interprete- se está produciendo una nueva novedad, valga el pleonismo, aunque los tiempos sean descaradamente más difíciles.

Hay una diferencia indudable, los jóvenes hoy se encuentran con un mundo peor aunque con menor resistencia intelectual. Tuvieron que ser precedidos por los de fines del cincuenta, los de principios del sesenta, quienes sí debieron soportar la incredulidad de lo que podría denominarse genéricamente “el cine tradicional”, el cine que se suponía a sí mismo instalado para siempre. Pero en el arte, felizmente, no existe el “para siempre”, ni lo permanente, ni mucho menos lo definitivo,

sólo existe lo eterno. El arte, y también el cine mirado desde esa faz, es rebelión constante, subversión pacífica y prodigiosa, que no pretende perturbar a nadie excepto a los predecesores. ¡Y cuánto!

No hay generación anónima ni imperceptible ni que pueda pasar de largo sin dejar huellas profundas cuando es de tal relieve. Ni tampoco los nombres que la integran son homogéneos. Una de las características, precisamente, es que todos y cada uno construyen el aporte general por andariveles distintos. Por eso ni siquiera por dentro de ellas mismas existen similitudes. Nadie es igual a nadie aunque todos caminan en la misma dirección. Además, los acompañan críticos diferentes, actores distintos, técnicos afines o con quienes pueden asociar afinidades, todo un mundo nuevo y mágico. En la Argentina existen, felizmente siempre

el cine, tiene como siempre la posibilidad de no ser comprendida. Las circunstancias materiales que la rodean seguramente son peores. Por eso debemos redoblar el esfuerzo: apoyarlos, acariciarlos y hasta exagerar sus virtudes para estimularlos y darles ánimo. No importa que seamos ricos o pobres. Hay que andar con ellos, junto a ellos. Países más preponderantes que los nuestros lo saben mejor que nosotros. El Primer Ministro francés, al inaugurar hace un tiempo un coloquio organizado para la apertura del más reciente Festival de Cine de Cannes, sugirió que en Francia el cine es una cuestión de Estado. "Francia es un país que ama el cine, que lo celebra y que se esfuerza por ayudarlo", declaró en su encendida defensa y en la afirmación del rol que el Estado debe cumplir en el desarrollo de la cinematografía. Convencido de la importancia del cine en la formación de los jóvenes, mani-

**Pero en el arte, felizmente,  
no existe el "para siempre",  
ni lo permanente, ni mucho menos  
lo definitivo, sólo existe lo eterno.**

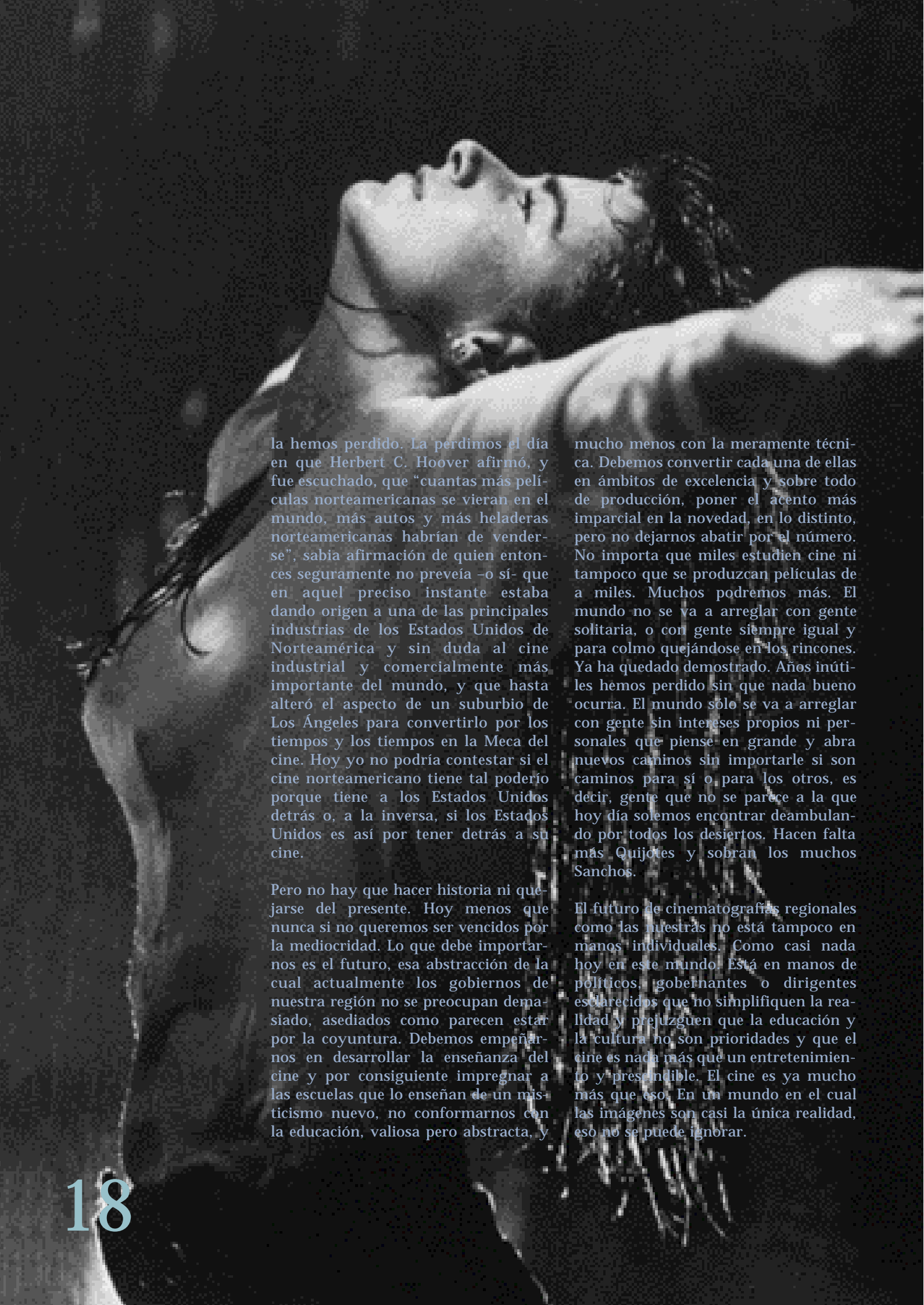
han existido. Contra viento y marea y aunque no se los escuché. Pero están en todos los países, estoy seguro.

La razón de ser y las soluciones para que todo eso no desemboque en una desilusión mayúscula e irreparable hay que buscarla por el lado de las Escuelas de cine, una disciplina de formación -la enseñanza del cine- que está todavía en sus albores dentro del marco de la enseñanza general pero con un horizonte amplísimo. Son instituciones que nacieron de las necesidades de expresión de un mundo cada vez más difícil, cada día más abierto a iniciativas singulares. Cada vez menos propicio al individualismo.

Esto no puede perderse de vista. Esta joven generación que ha venido una vez más a consolidar el prestigio del

festó también que se estaba elaborando un plan para que los Alumnos de los colegios franceses "tuvieran la oportunidad de recibir una verdadera educación cinematográfica". Algo que yo también propugné en mi recorrido de casi seis años como funcionario del cine durante el gobierno del doctor Alfonsín (1983-1989) y que lamentablemente no hubo tiempo de concretar. Otra vez más las urgencias volvieron precarios los sueños.

Hoy debemos volver a intentarlo. Si en Rusia el ajedrez es una actividad preponderante por qué no atribuirlo a que ese juego se enseña desde la escuela primaria y por qué no aplicar esa misma experiencia al cine y avanzar por esa vía a un predominio que por otros caminos no lograríamos. Admitamos que en esos otros caminos la batalla ya



la hemos perdido. La perdimos el día en que Herbert C. Hoover afirmó, y fue escuchado, que "cuantas más películas norteamericanas se vieran en el mundo, más autos y más heladeras norteamericanas habrían de venderse", sabia afirmación de quien entonces seguramente no preveía –o sí– que en aquel preciso instante estaba dando origen a una de las principales industrias de los Estados Unidos de Norteamérica y sin duda al cine industrial y comercialmente más importante del mundo, y que hasta alteró el aspecto de un suburbio de Los Ángeles para convertirlo por los tiempos y los tiempos en la Meca del cine. Hoy yo no podría contestar si el cine norteamericano tiene tal poderío porque tiene a los Estados Unidos detrás o, a la inversa, si los Estados Unidos es así por tener detrás a su cine.

Pero no hay que hacer historia ni quejarse del presente. Hoy menos que nunca si no queremos ser vencidos por la mediocridad. Lo que debe importarnos es el futuro, esa abstracción de la cual actualmente los gobiernos de nuestra región no se preocupan demasiado, asediados como parecen estar por la coyuntura. Debemos empeñarnos en desarrollar la enseñanza del cine y por consiguiente impregnar a las escuelas que lo enseñan de un misticismo nuevo, no conformarnos con la educación, valiosa pero abstracta, y

mucho menos con la meramente técnica. Debemos convertir cada una de ellas en ámbitos de excelencia y sobre todo de producción, poner el acento más imparcial en la novedad, en lo distinto, pero no dejarnos abatir por el número. No importa que miles estudien cine ni tampoco que se produzcan películas de a miles. Muchos podremos más. El mundo no se va a arreglar con gente solitaria, o con gente siempre igual y para colmo quejándose en los rincones. Ya ha quedado demostrado. Años inútiles hemos perdido sin que nada bueno ocurra. El mundo sólo se va a arreglar con gente sin intereses propios ni personales que piense en grande y abra nuevos caminos sin importarle si son caminos para sí o para los otros, es decir, gente que no se parece a la que hoy día solemos encontrar deambulando por todos los desiertos. Hacen falta más Quijotes y sobran los muchos Sanchos.

El futuro de cinematografías regionales como las nuestras no está tampoco en manos individuales. Como casi nada hoy en este mundo. Está en manos de políticos, gobernantes o dirigentes esclarecidos que no simplifiquen la realidad y prejuzguen que la educación y la cultura no son prioridades y que el cine es nada más que un entretenimiento y prescindible. El cine es ya mucho más que eso. En un mundo en el cual las imágenes son casi la única realidad, eso no se puede ignorar.